

ENTREVISTA A ESTER MORENO

MISS ESPAÑA

P.G. Suele asociarse la condición de “miss” a una persona tonta. ¿Es un cliché, un tópico?

EM. Sería tonta si yo dijese de mí que soy tonta. En mi caso he sido cocinera antes que fraile. “Bella soy, pero culta”, puedo decir parafraseando el *Cantar de los cantares*. En la antigüedad un filósofo debía ser un hombre sucio, desaliñado, mal barbado. ¿Es esto un cliché, un tópico?

P.G. Según parece la belleza y la inteligencia son valores contradictorios.

E.M. Más bien diría que poseer ambos se considera excesivo, algo así como “bueno, bonito, barato”. Algún fallo debe haber: o hermoso o inteligente. En un concurso de belleza se evalúa ésta, no el coeficiente intelectual.

P.G. Sin embargo, todo está envuelto de frivolidad.

E.M. Una frivolidad en la que participan muchos hombres a los que no se considera tontos. Los miembros del tribunal de un concurso de belleza no son los miembros de un tribunal de oposiciones.

P.G. Cierta poeta inglés dice que una cosa bella es para siempre.

¿Es la hermosura un valor eterno?

E.M. Y un valor universal que abarca todas las esferas de la vida humana, incluida la religiosa.

P.G. ¿Puede aclararlo algo más?

E.M. ¿Ha visto usted alguna imagen religiosa de una virgen anciana, con las arrugas y los estragos propios de la vejez? ¿Y un Jesucristo que fuese bajo, calvo y gordo? En la *Piedad* de Miguel Angel madre e hijo parecen hermanos. La fealdad en nada contradice el dogma. Ahora, la belleza es un “plus” igual que las azafatas de un avión, las portavoces de la policía y las mujeres del tiempo son jóvenes y guapas. De ahí que el Cristo muerto de Holbein el joven sea tan impresionante como una excepción de la regla.

PG. Tal vez la belleza se identifica con la armonía y la perfección. La estética sería así la traslación del orden moral. De manera que la fealdad vendría a ser un defecto, una privación, una falta del ser. Podemos hablar de feos vicios, no de virtudes horribles. Y una mujer bella y malvada conmueve más que una bruja vieja, encorvada y con verrugas en la cara.

EM. Volviendo a los concursos de belleza, éstos presentan una característica común: mostrar el prototipo femenino de la mujer-mujer. Y uno de ellos es la cabellera larga.

PG. A veces esto es un hecho cultural que trasciende a la estética. En los países árabes el cabello debe ocultarse con un pañuelo, es un signo de sensualidad. Las mujeres que han confraternizado con el enemigo son rapadas, un signo de humillación, una manera de arrancarles su condición de mujer.

EM. O bien es una muestra de rebeldía. En los felices años veinte algunas mujeres rechazaron el papel tradicional femenino, se dejaron el pelo corto “a lo garçon”. En este sentido las *misses* muestran un modelo conservador, pero ¿debe siempre la mujer llevar melena corta y pantalones para ser moderna, contemporánea?

PG. Tal vez la cabellera larga sea un signo universal de la belleza femenina, pero, es un hecho cierto que el concepto de dicha belleza depende mucho de las características físicas de una etnia vistas desde otras. A veces lo exótico atrae, otras rechaza. Algunos mestizajes, más allá de los gustos individuales, son más fáciles que otros, no solamente por prejuicios racistas sino por motivos eróticos.

EM. Sí, los gustos raciales – pasemos por alto cuestiones internas poco agradables- influyen en la elección de la ganadora de un concurso de belleza. Pero hay una cosa más importante. Al lado de esta “sincronía” existe una “diacronía”.

PG.- Me sorprende que use usted términos de la lingüística de Saussure.

EM. Ya le dije que antes de ser fraile, o monja mejor, he sido cocinera. La diacronía nos muestra la variación del concepto de la belleza femenina a lo largo del tiempo. Claro está que solamente nos podemos remontar a los inicios de los concursos de belleza y también al cine. Las artistas de hace unas décadas no cumplen los patrones que hoy tenemos de una mujer bella.

P.G. Como en los cambios de la moda en la vestimenta, unas veces se prefiere a la mujer delgada, casi anoréxica, y otras a la mujer de curvas notorias, a “lo Rubens”.

EM. El arte también nos enseña modelos de belleza femenina. Así, por ejemplo, las estatuas griegas y romanas, las pinturas de *madonas* renacentistas y los retratos más o menos idealizados.

P.G. Sin duda las artes visuales, como la pintura y la escultura, muestran de un modo directo el modelo de belleza de una época. Pero ¿puede hacerlo la literatura?

EM. Sí, aunque no es exacta la identificación de Horacio entre pintura y poesía. La literatura exige fantasía, imaginación. No vemos, representamos mentalmente. Un ejemplo claro de cómo debe ser la mujer lo encontramos en el libro del *Buen Amor* del arcipreste de Hita.

P.G. ¿Algo especial para señalar?

EM. Sí, la preferencia de las mujeres rubias, pero de cabello natural, no de tinte. Es curioso también que esta predilección sobreviva en frases como “los hombres las prefieren rubias” y la expresión del desdén hacia las rubias “de bote”.

PG. Y es también extraño que ese ideal de belleza se tenga en un país donde el cabello rubio, blanco, es minoritario frente al color moreno.

EM. Esto es acorde con la blancura de la cara frente a la tez morena de los moros, los enemigos de la fe cristiana. Hoy el moreno es la distinción de quien puede veranear en la playa. Antaño la palidez es muestra de no ser campesina, de no trabajar al sol durante toda la jornada. El noble es de sangre azul porque sus venas azuladas se transparentan en la piel blanca.

PG. Pero también habrá rasgos sorprendentes para el criterio actual de belleza.

EM. Sí, afirmar que los dientes deben estar “apartadillos”. No creo que sea un modelo bucodental.

P.G. ¿Y alguna característica racial que distinga el ideal femenino de belleza en esta obra medieval?

EM. Los labios finos, pequeños y angostos son un claro contraste de los labios bembones y la boca grande de los negros. Aquí el modelo estético se encuentra relacionado con criterios extra-estéticos. Ahora bien, del mismo modo que estar moreno ya no es cosa de moros, ciertas mujeres actuales desean ponerse silicona en los labios.

PG. Hemos visto que la belleza tiene una parte de hecho cultural. Pero todas las culturas están divididas y subdivididas en naciones. ¿Tienen algo que ver los concursos de belleza con el nacionalismo?

EM. Evidentemente, no compite la señorita Pepita Jiménez con la señorita Erika Larsson. Cada *miss* representa a una nación y es la imagen de la mujer de esa nación. No es sólo un triunfo individual sino también colectivo.

PG. Muchas mujeres censuran los concursos de belleza por ser machistas, mostrar a la mujer como cosas, objetos. Un desfile sería algo así como una exposición de ganado femenino, la compra de esclavas pero sin una transacción económica.

EM. ¿Quiere usted decir que es contrario a la dignidad de la mujer exhibir su belleza natural? A nadie se le ocurre que un boxeador por mostrar la fuerza de sus músculos o un saltador por exhibir la potencia de sus piernas pierda un ápice de su dignidad humana.

¿Se rechaza el cuerpo o al segundo – o primero sexo? En el fondo ¿no hay aquí una visión machista encubierta?

PG. Ciertamente que las mujeres valoran la belleza de los hombres y los hombres la belleza de las mujeres, pero esto se realiza en la oficina, en la calle, quizás en secreto, no se organizan concursos especiales con coronas como premio.

EM. O sea, de una forma hipócrita, escondida. La competición está en la naturaleza del hombre: desde quien come más salchichas en una hora hasta el que corre más rápido los cien metros. Competir en la belleza es un variante más de las muchas que permiten la comparación. Si pudiese establecerse una tabla de clasificación en los malos pensamientos provocados en cada hombre por una mujer, existirían campeonatos. Como esto no es posible, se puntúa el exterior, la belleza del cuerpo.

PG. Muchas gracias por dejarse entrevistar, una mujer que une su condición de *miss* a una licenciatura en arte, la belleza a la inteligencia.

Pablo Galindo Arlés
11 de agosto de 2019